



La alegría del Reencuentro

Saludo vivamente a todos los participantes en este Encuentro Internacional de los Equipos de Nuestra Señora y muy especialmente a todos los que han trabajado para su realización. Muchas gracias por todo lo que han hecho que es tan importante para la Iglesia y para el mundo.

Es importante para la Iglesia porque ella es y debe ser tomada, cada vez más, como "familia de familias". El Papa Francisco insiste en ello en la exhortación apostólica pos-sinodal *Amoris Laetitia*, donde recuerda, también, que los primeros treinta años de la vida de Jesucristo los pasó en el ámbito doméstico de la Familia de Nazaret, que por eso mismo es "Sagrada Familia". Familia en la que Dios nace en el mundo, de la Virgen María y bajo la protección de San José. Familia donde Jesús completa su recorrido humano, creciendo en estatura, sabiduría y gracia. Familia donde recoge una experiencia atenta y solidaria, que después extenderá a todos en la "familia de Dios" a la que pertenecemos nosotros y a la que convidamos a todos.

Pasando del ámbito doméstico al ámbito eclesial, la familia es siempre el criterio para nacer, crecer y convivir. Jesús no formó una familia en sentido natural, sino que formó la familia sobrenatural de los hijos de Dios, que somos nosotros, sublimando relaciones y afectos que experimentó humanamente en la familia de Nazaret. No es por casualidad que le surgen expresiones familiares para designar sentimientos pastorales y eclesiales. Los presenta con términos de filiación, esponsalidad y fraternidad, verdaderos moldes de lo que tenemos que ser como Iglesia e Iglesia en el mundo.

Tengamos muy en cuenta este punto, como lo tuvieron las dos últimas asambleas sinodales y que el Papa Francisco retomó varias veces. La relación dinámica del ámbito familiar con el ámbito eclesial es el recorrido cristiano, vivido y abierto por el propio Jesucristo. Por otra parte, los Hechos de los Apóstoles y las Cartas de San Pablo nos muestran que ha sido en el ámbito familiar donde los cristianos encontraron un lugar privilegiado para su primera expansión. En los primeros siglos era difícil encontrar otros lugares para la reunión eclesial, la celebración y la catequesis. Y de entonces para acá, tanto para la primera evangelización como en tiempos de persecución, las familias



cristianas fueron imprescindibles para que aconteciera el Evangelio, como buena noticia y como práctica.

El tema de esta conferencia es la "alegría del reencuentro". Pues bien, estoy convencido, como el Santo Padre y los padres sinodales de 2014 y 2015, que la revitalización de las familias cristianas y la mayor importancia de su lugar en la Iglesia son fundamentales para la nueva evangelización que tanto urge, o sea, para el reencuentro con Cristo vivo. Cristo, auténtico "hermano mayor" que, muy al contrario del que en la parábola se disgustó con el regreso del hermano derrochador, está absolutamente al lado del Padre y hasta nos viene a buscar a la "tierra lejana" donde nos encontramos. Aunque eso le cueste la vida, aunque solo así nos gane y resucite. La alegría del reencuentro es definitivamente pascual.

Cuando San Juan Pablo II insistió en la "nueva evangelización" quiso que ésta fuera "nueva en el ardor, nueva en los métodos y nueva en las expresiones". Verificaba que en el cuadro general de los años setenta presentaba tres situaciones distintas: poblaciones a las que aún no había llegado el primer anuncio de Cristo, o aún no se habían constituido "iglesias locales" con todo lo que ello implica; poblaciones en que eso ya había ocurrido y proseguía la acción pastoral, repartida entre la predicación, los sacramentos y la caridad; y poblaciones en que la tradición cristiana había decaído, hasta el punto de casi perder la memoria viva de la fe.

Era a estas últimas a las que el Papa Wojtyla destinaba la "nueva evangelización" propiamente dicha, contando también con la contribución de las familias cristianas. Y no fue por casualidad que, especialmente durante su pontificado, se desarrollaran varias formas de misión familiar, incluso de "salida en misión" de hogares y familias enteras, para suscitar o "resucitar" la vida cristiana por todo el mundo. Magnífica demostración de ardor evangélico familiar, donde no faltó la creatividad en métodos y expresiones. De métodos porque tenemos nuevas formas de comunicar; y de expresiones porque los contenidos de siempre ganan en los lenguajes de hoy. El ámbito familiar se revela particularmente fecundo y creativo para que esto suceda. La comunidad cristiana y la sociedad en general tiene todo a ganar con su contribución evangelizadora. (Junto a mi testimonio personal, el de mis colegas sacerdotes en general, agradeciendo la colaboración de muchos matrimonios y familias en la misión lejos o cerca, rehaciendo así aquella colaboración apóstol-familias que tanto se revela en San Pablo, con Aquila y Priscila y otros).



Un punto me parece esencial para que la "alegría del reencuentro" siga ocurriendo en el actual contexto social y eclesial: "Reencuentro" significa retomar algo que se perdió, pero que realmente existía y persistía como memoria y promesa. La familia es el lugar más seguro para que esa memoria se active y reactive.

No fue por casualidad que Jesús se sirvió de un contexto familiar para la parábola del amor misericordioso de Dios, que es el verdadero tema, aún más que la prodigalidad del hijo menor. Habla de un "padre", habla de dos hermanos, habla de una casa. No menciona una "madre", pero ciertamente que, si vivía, compartiría totalmente y a su manera el amor de este padre.. No faltan, en otros pasajes evangélicos, ejemplos de madres profundamente deseosas del bien de sus hijos, como la propia Virgen María buscaba para Jesús adolescente, tan ansiosa como José.

Convengamos, sin embargo, que este punto encuentra hoy dificultades especiales. Reencuentro significa recuperación de un encuentro que ocurrió efectivamente. El hijo pródigo de la parábola perdió todo: bienes, relaciones y estatuto. Se redujo a la última condición a la que podía llegar un judío joven acomodado: fuera de su tierra y guardando cerdos, sin poder comer de sus bellotas...No tenía nada, no era nada. Así padecía y sufría; pero, de hecho, conservaba alguna cosa. Una pequeña gran cosa, que acabó por salvarlo: la memoria de la casa familiar, donde ciertamente sería recibido y bien tratado, incluso como el último de los trabajadores...

Fue esta memoria la que lo levantó y le hace regresar. Fue ella la que hizo posible el reencuentro. Y la gran alegría del reencuentro, que fue sobre todo la de aquél padre, que no desistió de esperar: Dale de cada mal lo divisa a lo lejos, acorta las palabras de arrepentimiento, le restituye la filiación y sus señales y ordena la gran fiesta que el pródigo nunca imaginaría y que tanto sorprendió al hermano mayor.

Huelga recordar que la inmensa alegría que desborda de la parábola es la constante alegría de Dios al reencontrarnos a nosotros, creados para ser sus hijos y absolutamente reencontrados. Esta es la alegría de Jesús que comparte totalmente los sentimientos del Padre, en el Espíritu que eternamente los une. De Jesús, que saliendo del Padre y viniendo al mundo, ahora nos lleva consigo hacia el Padre, en la vida que nos recupera y en el Espíritu que distribuye.

Esta es también la memoria cristiana, que nos fue transmitida en familia, cuando recibimos la gracia de nacer y crecer en una familia creyente, como Pablo recordaba a su discípulo Timoteo: "Evoco el recuerdo de tu fe sincera, la



que arraigó primero en tu abuela Loide y en tu madre Eunice..."(2 Tm 1,5) Y cuando tuvimos la gracia de ampliarla en la comunidad cristiana, como el mismo Apóstol verificaba entre los tesalonicenses: " Debemos dar continuas gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es justo, pues vuestra fe crece vigorosamente y sigue aumentando el amor mutuo de todos y cada uno de vosotros..." (2 Tes 1,3). Esta es la primerísima memoria que se recibe y transmite en la familia humana, conservando las palabras fundacionales del Génesis (cf. Gn 1, 27-28). Memoria indispensable para que alcancemos una seguridad básica que nos realice y hasta nos recupere. Que nos reencuentre más adelante, con lo esencial que conservamos en lo más íntimo de nosotros mismos y que anhela que suceda plenamente un día OJO

Permítanme citar, a propósito, unos versos de una gran poetisa portuguesa, que casi se pueden rezar como encuentro íntimo y pleno reencuentro: "Un día romperé todos los puentes/
Que conectan mi ser, vivo y total/
A la agitación del mundo irreal/
Y calma subiré hasta las fuentes./ Iré hasta las fuentes donde mora/
La plenitud, el límpido esplendor/
Que se me prometió a cada hora/
Y en la faz incompleta del amor./ Beberé la luz y el amanecer/
Beberé la voz de esa promesa/
Que a veces como un vuelo me atraviesa/
Y en ella cumpliré este mi ser" (Sophia de Mello Breyner Andersen, *As Fontes*)

Es muy bello, por ser totalmente verdadero. Sin embargo, las actuales condiciones de vida lo hacen particularmente difícil en muchísimos casos. Sin idealizar otros tiempos, que tampoco fueron fáciles, lo cierto es que las condiciones de vida, la formación y el trabajo, así como la vivienda y la vida comunitaria, oscilan entre la precariedad y la fluidez para un gran número de personas y no por razones financieras. Nada de esto ayuda a la formación de memorias sólidas que garanticen reencuentros. Muchas de las actuales indefiniciones de personalidad y aplazamientos de proyectos familiares tienen aquí su motivo, así como la alarmante cantidad de frustraciones y depresiones tempranas o más adelante con la edad.

Hace medio siglo, cuando la generación que nació y creció después de la Segunda Guerra Mundial se afirmó, muchos creyeron que, sobre los escombros y civilizaciones acumulados, surgiría algo nuevo, sin prisiones antiguas ni condicionamientos modernos. Ahora verificamos, incluso sin generalizar, que mucho se redujo a casi nada, o simplemente a un "yo" suscitado constantemente por consumismos varios, que lo reducen todo a objetos de disfrute y descarte.



Naturalmente la vida familiar fue afectada en su constitución y en su solidez. La frecuencia de los divorcios es más un síntoma que la causa, ya que derivan, frecuentemente, de uniones poco o nada preparadas. Y nadie se preparará sin el testimonio de los que practican el ideal familiar cristiano. La nueva evangelización solo tendrá lugar con familias dinámicamente estabilizadas, donde nadie prescindiera de nadie y los conflictos se previeran y superaran por el ejercicio de sucesivos reencuentros.

Reencuentros donde, al final, cada uno se reencuentre a sí mismo y más adelante, en la práctica de la caridad conyugal y familiar. Lo recuerda el Papa Francisco en la *Amoris Laetitia*, en un capítulo titulado precisamente "El amor en el matrimonio": "No podremos alentar un camino de fidelidad y de entrega recíproca si no estimulamos el crecimiento, la consolidación y la profundización del amor conyugal y familiar. En efecto, la gracia del sacramento del matrimonio está destinada ante todo «a perfeccionar el amor de los cónyuges" (AL, 89). Y el Papa continúa con un largo y sugestivo comentario al Himno de la Caridad de la 1ª Carta de San Pablo a los Corintios (13, 4-7) aplicado concretamente a la vida familiar. Es la base segura para vivir y transmitir el ideal matrimonial cristiano.

Es cierto que el actual condicionamiento sociocultural no facilita la realización de este ideal. Pero tampoco lo hacía el contexto en que Jesucristo lo presentó hace dos mil años, con palabras tan claras y asertivas como las que reencontramos siempre en los Evangelios (cf. *Mc* 10, 1-12 y paralelos)

La propuesta matrimonial cristiana es un constante ingreso, regreso y progreso en la vida divina, reencontrándonos en la misericordia del Padre, en la fidelidad del Hijo y en la unión del Espíritu. Por eso el Papa Francisco, además de pedirnos toda la atención a la situación concreta de cada matrimonio y familia, no deja de insistir: "... recuerdo que de ninguna manera la Iglesia debe renunciar a proponer el ideal pleno del matrimonio, el proyecto de Dios en toda su grandeza. (...) La tibieza, cualquier forma de relativismo, o un excesivo respeto a la hora de proponerlo, serían una falta de fidelidad al Evangelio y también una falta de amor de la Iglesia hacia los mismos jóvenes. Comprender las situaciones excepcionales nunca implica ocultar la luz del ideal más pleno ni proponer menos que lo que Jesús ofrece al ser humano. Hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas." (AL, 307)

Queridísimos participantes en este feliz Encuentro Internacional de los Equipos de Nuestra Señora: Dios se ha encontrado con nosotros en el ambiente



*Rassemblement International – International Gathering – Encuentro
Internacional - Encontro Internacional – Raduno Internazionale*

Fátima 2018

16-21 Juillet – July 16th-21th – 16-21 de Julio – 16-21 Julho – 16-21 Luglio

familiar de Belén y Nazaret. El reencuentro actual con Dios ha de tener lugar, también, en un contexto familiar, en familias que vivan y den testimonio del ideal cristiano. Así para nacer, crecer y vivir; así para aprender sentimientos y conductas que, expandidos desde la familia de cada uno a la "familia de Dios" (cf *Ef 2,19*), realicen hoy, con nuevo ardor y con los métodos y expresiones que más convengan, el Evangelio de Cristo.

Esta configuración familiar de la Iglesia y de la misión fue realizada por el Sínodo de los Obispos y propuesta claramente por el Papa Francisco. Oigámoslo: "La Iglesia es familia de familias, constantemente enriquecida por la vida de todas las iglesias domésticas." (*AL*, 87). Y además: "Las familias cristianas, por la gracia del sacramento nupcial, son los principales sujetos de la pastoral familiar, sobre todo aportando el testimonio gozoso de los cónyuges y de las familias, iglesias domésticas." (*AL*, 200)

El Encuentro Internacional de estos días, bajo el manto protector de Nuestra Señora de Fátima, realiza la gran verdad de estas indicaciones papales. En cada una de vuestras familias, por la gracia sacramental que las sustenta, se revive, con la Madre de la Iglesia, el ambiente de la Sagrada Familia, en la que Dios se encontró con nosotros. Como ahora, por vuestro testimonio ¡lo han de encontrar muchos más!

+ Manuel Clemente, cardenal-patriarca de Lisboa